

ATALAYA DE LA MANCHA

EN MADRID.



Concluye la carta anterior.

El padre esconde á sus hijos; el pariente á los suyos; el amo al criado: este niega y oculta sus riquezas; aquel se resiste á pagar las contribuciones: quien defrauda á la real hacienda, y quien obstruye sus recursos: unos dilapidan sus caudales, y otros causan mil vejaciones. Parece que no somos ya españoles. Fatales conseqüencias en la division. Ella es el presagio funesto de todos los males. El grande imperio de Alexandro, en el momento de su fundacion, experimentó su caída por la division. Siracusa, todo el reino de Sicilia se rinde gustoso á Dion, que trata libertar aquel pais en las facciones que lo dividian con solos 800 hombres y dos buques; teniendo el rei Dionisio 100 mil infantes y 10 mil caballos. Esparta pereció al fin de 700 años por haber faltado la union recíproca en sus respectivos intereses. Roma dejó de ser la señora de las naciones al cabo de doce siglos por los partidos interiores que la dividian, y por las vejaciones violentas de sus prefectos en las provincias que mandaban. Los imperios en fin mas famosos, que por su union fueron el terror del mundo, se rindieron despues pavorosos á egércitos de salvages.

Union, españoles, union. Union en la religion y en la defensa de la patria: union en nuestros egércitos: union en los superiores; y union en los inferiores. El que inspire la division debe arrancarse de la boca y de sus escritos el dulce nombre de *Patriota*: el que no redoble todos sus esfuerzos para conseguir esta u-

nion tan deseada, el que no haga el sacrificio de su voluntad, de su persona y de sus intereses en el altar sagrado de la patria, no la reconoce, y jamas sus viles labios deben pronunciar tan santos nombres *La patria y la union.*

Miéntras que el señor Ciudadano se entretiene en consultar al cuerpo concisal de que fué miembro, sobre el punto interesante de las chilindrinas que se han de aplicar al Gacetero de la Mancha, razon será que el padrecito se ocupe en acribar las insignes paparuchas que nuestro caballero almibarado derrama por el sanísimo pueblo de Madrid á título de *director del espíritu público.* Todo es ocuparse: él en seducir; y yo en desengañar: él en dar á luz errores preñados, que á su tiempo paren otros errorcicos; y yo en mondarlos de la corteza que los cubre, para que no sean recibidos en la clase de verdades: porque como traen la recomendacion de venir de la direccion general de espíritus donde está la proto-luz, en la cual todos encienden su velita si no *quieren* andar á gatas..... ya vd. ve..... sería un chasco que los espíritus cortos de vista se fuesen mui satisfechos tras de un fuego fatuo, y estraviados cayesen de cabeza (no embargante la espiritualidad) en un barranco, y se rompiesen los cascos.

¿Y por donde comenzará el zarandeo? Por cualquiera parte: su pluma es tan feliz que todo lo lleva por un rasero. No se diga que un número es mejor que otro, porque todos son peores: ellos vienen á ser una especie de pernil podrido que por donde quiera que entra la tiente exhala mal olor, y saltan los gusanos. En prueba de ello demos un meneo al número primero, que debe mirarse como el mas estudiado, y quizás traiga su alcurnia del *non plus ultra.* El primer rasgo es la descripcion de las fiestas celebradas en esta capital el 26 de junio, con motivo de los felices acontecimientos ocurridos en los campos de Vitoria.

el 21 del mismo. La relacion es de un caso de hecho, sucedido á la vista de todo Madrid, en que parece que no cabé trampa. La hubo sin embargo, y de consideracion. ¿Que se han hecho las continuas aclamaciones que resonaban por las calles invocando el nombre del rei FERNANDO? ¿Por que se pasa en silencio los cánticos que entonaba el pueblo en obsequio de su FERNANDICO? Y la multitud de retratos al óleo y al grabado que ocupaban tantas ventanas entre millares de luces, ¿no hicieron su papel en la fiesta? ¿De esto no se hace memoria? ¿No es interesante? Si á vd. no le peta, á los demas nos arma. Yo no sé qué tienen estos reyes.....

Hoi somos ciudadanos, dice, de una gran república, aunque bajo las formas características de la monarquía. ¿Altamente! Pero ¿en que quedamos? ¿España es república ó es monarquía? ¿Cual es el papel que le da vd. á FERNANDO? ¿Es nuestro soberano? ¿Es nuestro señor? No, dice vd. ¿Pues que papel le da vd. en esta gran república monárquica? El de gefe, porque queremos, y de la manera que queremos que lo sea, y nada mas. ¿Estupendo! Pero defínanos vd. esta gefeidad; porque pudiera alguno pensar que hemos querido dejarle en la clase de gefe de la furriera ó de la tapicería, y nada mas. ¿Es una doctrina mui salada! Pero lo es aun mucho mas si se atiende á que habla con el pueblo de Madrid, que el dia en que vea á su FERNANDO será para él el dia de perder la chabeta. A Madrid se le dice que España es una gran república, en la cual FERNANDO no será nuestro señor, sino un gefe, á quien se le concede hacer este papel como de limosna. ¿A Madrid que no ciñó las sienes de FERNANDO con cien coronas, porque no tenia que darle mas que la de las Españas! ¿A Madrid que le juró rei una, dos y tres veces sin limitacion, sin trabas y sin restricciones! ¿A Madrid se le dice que FERNANDO no es nuestro señor, sino un gefe á manera de primer galan de una comedia, pero de clase inferior á la de Maiquez, por quanto á este cuando se le nom-

bra en los papeles públicos se le concedé la cortesía de *señor*!

No entro en esta doctrina: no es este el rei de los españoles. Lo que yo quisiera es una cosa que vd. no querrá, pero es menester suponerla por un momento. Supongamos, digo, que tuviese término la cautividad de este gefe; y que por sus pasos contados se presentase en esta capital. ¡Que! ¿tuerce vd. el gesto? Pues de venir tiene. Supongamos, repito, que sabedor de la compasión que vds. le han tenido en su desgracia, y de lo que le han honrado en sus periódicos, mandase exáminarlos y premiarlos segun su mérito (que todo pudiera ser). Supongamos mas, que hecho el estrac-to le fuese presentado; y que agradecido al cielo con que vds. han dirigido el espíritu público, á los incessantes suspiros con que le han reclamado, á lo que han sudado por su libertad, á la generosidad con que le han tratado, se sirviese mandar que pusiesen un memorialito pidiendo gracias por lo bien que lo han trabajado. Dígame vd. por su vida en qué manera engergaria el papelito: supongo que para este caso tendrán vds. ya estudiada la fórmula. *Señor*, no puede decirse: á los reales pies, es contrabando: *suplica*, no suena á igualdad..... Es apuro: pero aquí del ingenio: todo está remediado con decir *Ciudadano gefe. D. N. de N. Ciudadano de la aldea de Carabanchel, á las altas orejas de V. M. dice, &c. &c. que el rei católico tenia un colete que le habia gastado siete pares de mangas, &c.* (Esta noticia de los siete pares de mangas recuerda la llaneza de aquel gran rei, y no debe ignorarla FERNANDO). Por este ú otro camino se sale del paso; y es un estilo decente.

Esta es gente de grandes recursos: todo se lo encuentra hecho: prueban lo que quieren con tanta fuerza de doctrina, que nos quedamos con tanta boca abierta. Pero lo que tienen mas traqueteado es la historia antigua: no parece sino que han presenciado todos los sucesos, y que los historiadores han venido á confrontar con ellos los hechos mas menudos. ¡Que

de desgracias no ha causado el vicio cuando se ha complicado con la vil superstición! Los griegos de la edad media presentan en sus tristes anales un exemplo tan terrible como lastimoso de los extravíos y delirios de que es capaz un pueblo fascinado por las preocupaciones religiosas. Malas alimañas son las preocupaciones, y malísimas si son religiosas: échenos vd. encima las pruebas para nuestro exemplo y escarmiento. Allá van. *El emperador Andrónico Paleólogo abandonó la marina porque le aseguraron que Dios estaba tan contento de su celo por la paz de la iglesia, que sus enemigos no se atreverían á atacarle.* Aquí correspondia que citase al historiador de donde ha tomado el pasage: lo dejará para mas adelante. Sigue pues. *El mismo temía que Dios le pidiese cuenta del tiempo que empleaba en gobernar su estado, y que defraudaba á los negocios espirituales.* Ahora venia bien otra cita; pero aun no es tarde. Adelante. *El sitio de Constantinopla por Mahometo II no fué bastante á suspender la porfia de las disputas teológicas de sus habitantes, á quienes llamaba mas la atención el concilio de Florencia que el ejército de los turcos que los cercaba; y cuando éstos entraron por asalto en la desventurada ciudad, en lugar de defenderla con ánimo varonil, huyeron como mugeres á refugiarse al sagrado de los templos, que habian de ser bien pronto convertidos en mezquitas.* ¿No cita vd. al autor de estos sucesos? Pues dígole á vd. que todo ello no es mas que una sarta de falsedades, equivocaciones maliciosas, anacronismos, y cuanto vd. quiera, ménos hablar verdad. Lo cierto es que los historiadores coetáneos de Andrónico nada dicen de lo que da por hecho el Ciudadano. Nicetas Coniates escribió en dos libros la vida de aquel emperador y la de todos los Comenos, y no se encuentra vestigio de semejante cosa. Miguel Ducas, que escribió la historia de los últimos emperadores de Constantinopla Juan, Manuel, Juan y Constantino Paleólogo, y se hallaba en aquella ciudad cuando la tomaron los turcos, refiere los sucesos mui al contrario que nuestro hombre. Este historiador en el capítulo 39 refiere



que Mahomet II quiso persuadir á Constantino con grandes amenazas y promesas que le abandonase la ciudad. Desechó el emperador uno y otro; y en su respuesta á Mahomet le dixo: *por lo que hace á entregaros la ciudad, esto no depende de mí ni de sus habitantes; porque nuestra comun resolucion es no perdonar nuestras vidas para nuestra defensa.* Cuenta despues la valerosa defensa que los habitantes hicieron contra el innumerable ejército turco, y que combatian á la frente el emperador mismo y el general de sus tropas Juan Justiniano genovés, que habia hecho los mas señalados servicios al imperio en aquella guerra.

Los turcos se apoderaron de una puerta subterránea de la muralla, que se encontraron abierta cincuenta esclavos de Mahomet, porque en todos tiempos hubo Morlas, Alachas, Navarros y Condes. En fin Constantino murió peleando; y los infelices habitantes que se hallaron sorprendidos con los turcos dentro de la ciudad, se refugiaron los que pudieron á la iglesia mayor de santa Sofía. Así se esplican los autores contemporáneos que presenciaron los hechos. ¿A quien creemos? Bien sé que Volter en su *ensayo á la historia* hace de las suyas siempre que se le presenta asidero para hacer odiosa la religion; y no sería de estrañar que á pretexto de que los griegos se habian separado de la iglesia latina, quisiese atribuir la pérdida de Constantinopla á las guerras teologales; pero es bien singular querer persuadir que *les llamaba mas la atención el concilio de Florencia que el ejército turco que los cercaba*, siendo notorio que el concilio se concluyó en 1438, y los turcos tomaron la ciudad quince años despues, esto es, en 1453. El emperador Andrónico, si hemos de creer á Nicetas, libro segundo, capítulo cuarto, se incomodaba sobre manera con cualquiera novedad en materia de religion; y era tan enemigo de esta especie de disputas, que reprehendió con demasiada acrimonia á dos obispos que porfiaban sobre la inteligencia de un testo de la escritura. Tenemos pues que no hai razon para decir que las desgracias de los griegos

deban atribuirse al carácter supersticioso de Andrónico Paleólogo, ni ménos que Constantinopla fuese tomada por asalto, ni que el emperador faltase á la obligacion de hacer la defensa mas vigorosa hasta perder su vida. Tampoco parece cierto que los habitantes de Constantinopla *en lugar de defenderla con ánimo varonil, huyesen como mugeres á refugiarse al sagrado de los templos que habian de ser bien pronto convertidos en mezquitas*: ni lo es que les llamase mas la atencion el concilio de Florencia, que el egército turco que los cercaba. Todo esto no es mas que un paloteo de especies viecidas con el objeto de envolver lo cierto con lo dudoso, y desportillar las sanas ideas de permanecer en los límites de la verdadera virtud. Mas fácil y seguro sería buscar el origen de las calamidades que sufrieron los griegos en el cisma que los separó de la iglesia romana. Quien así discurriese, no diria una cosa nueva; pero apoyaria su opinion en la autoridad de los célebres historiadores que sufrieron parte del peso de la desgracia, y quizás no hicieron otra cosa que esponer la opinion general de los hombres de juicio. Ducas, hablando á sus conciudadanos, les descubre el manantial de donde han procedido sus desgracias diciéndoles: *pero estos efectos tan terribles de la ira divina que os persigue, no son capaces de ablandar vuestro corazon, ni de inclinaros á la paz. Porque si en medio de tantas calamidades como os rodean, bajase un ángel del cielo, y os dijese que consentais á la union de la iglesia, y que esterminará vuestros enemigos, vosotros desechariais sus promesas, ó no las aceptariais de buena fe. Los que decian pocos dias ha que mas valia caer en manos de los turcos que en las de los latinos, saben bien que lo que digo es muy verdadero.* He aquí fijada la causa de los desastres que cayeron sobre los griegos; no ya en la discusion de unas opiniones teológicas sujetas á especulaciones teóricas, sino en la obstinacion de un pueblo católico romano, que por la novedad de adoptar nuevas opiniones religiosas, se decidió á cortar el vínculo que le unia á la cabeza de

la iglesia, que en verdad es un aviso que no debe mirarse con indiferencia en los dias presentes. La fortuna es que el charlatanismo irá bajando de tono al compas que baje de punto la petulancia de los dogmatizantes: ya saben las provincias que hai Apolos, y las zarabandas que allí se fraguan: las gentes oyen campanas; y en sabiendo que son de por allá, hacen lo que los tordos que no se espantan de las beletas. El sol nace, llega á la altura del mediodia, baja, y se pone. Pero ínterin consuma su carrera no hay razon para que el señor Apolo lleve sus caballos al paso lento que apetecen los que logran arrellanarse en la carroza. Bueno es que de cuando en cuando se acerque algun genio vivo con la vara, y los santigüe á lo callesero zurdo: á un lado la pereza, que el pasagero se chamusca. (*Se concluirá.*)

Viage del jóven Anacarsis á la Grecia, á mediados del siglo 4.^o ántes de la era vulgar, compuesto por Juan Jacobo Barthelemi.

Esta obra tan amena como instructiva, y á todas luces interesantísima, traducida y estudiada con afán en todas las naciones de Europa, dejaba con su privacion un vacío lastimoso en nuestra literatura, y sale por fin en castellano acompañada de un mapa general de la Grecia y del retrato del autor grabado con esmero. El primer tomo está ya de venta, el segundo concluido de imprimir, y el tercero en la prensa, á los cuales seguirán sin interrupcion los restantes hasta el séptimo. La edicion es en 8.^o prolongado, conforme á la última francesa, mui aumentada por mano del autor; y se hallará en Madrid en la librería de Sojo, calle de las Carretas; en Valladolid en la de Mallen, y en Cádiz en la de Hortal y Compañía.

MADRID

IMPRENTA DE D. FRANCISCO DE LA PARTE.

1813.